

# Igualdad humana y modelos de sociedad

Mariano Rajoy Brey  
(Diputado de A.P. en el  
Parlamento gallego)

**U**NO de los tópicos más en boga en el momento actual en que el modelo socialista ha sido votado mayoritariamente en nuestra patria es el que predica la igualdad humana. En nombre de la igualdad humana se aprueban cualesquiera normas y sobre las más diversas materias: incompatibilidades, fijación de horarios rígidos, impuestos—cada vez mayores y más progresivos—, igualdad de retribuciones... En ellas nos atenemos a criterios de eficacia, responsabilidad, capacidad, conocimientos, méritos, iniciativa o habilidad: sólo importa la igualdad. La igualdad humana es el salvococonduto que todo lo permite hacer; es el fin al que se subordinan todos los medios.

Recientemente, Luis Moore Marín ha publicado un excelente libro sobre la igualdad humana que paradigmáticamente lleva por título "La desigualdad humana". Y tal vez por ser un libro "desigual" y no llamarse al croo general, no ha tenido en lo que ahora llamamos "medios intelectuales" el eco que merece. Creo que estamos ante uno de los libros más importantes que se han escrito en España en los últimos años. Constituye una prueba irrefutable de la falsedad de la afirmación de que todos los hombres son iguales; de sus doctrinas pasadas en la misma y por un lado de las normas que son consecuencia de ellas.

Ya en épocas remotas—existen un este sentido textos del siglo VI antes de Jesucristo— se afirmaba como verdad indiscutible, que la estirpe determina al hombre; tanto en lo físico como en lo psíquico. Y estos conocimientos que el hombre tenía intuitivamente—era un hecho objetivo que los hijos de "buena estirpe", superaban a los demás—han sido confirmados más actualmnte por la ciencia: desde que Mendel formulara sus famosas

"Leyes", nadie pone ya en tela de juicio que el hombre es esencialmente desigual, no sólo desde el momento del nacimiento sino desde el propio de la fecundación. Cuando en la fecundación se funde el espermatozoide masculino y el ovulo femenino, cada uno de ellos aporta al nuevo fecundado—prinito de arranque de un nuevo ser humano—sus veinticuatro cromosomas que posteriormente, cuando se producen las hipercisiones celulares, se dividen de forma matemática de suerte que las células hijas reciben exactamente los mismos cromosomas que tenía la madre: por cada par de cromosomas contenido en las células del cuerpo, uno sólo pasará a la célula generatriz, el primero o el segundo, de ahí el mayor o menor parecido del hijo al padre o a la madre. El hombre, después, en cierta manera nace predeterminado para lo que habrá de ser. La desigualdad natural del hombre viene escrita en el código genético, en donde se halla la raíz de todas las desigualdades humanas: en el ser nos han transmitido todas nuestras condiciones, desde las físicas: salud, color de los ojos,

pelos, corpulencia... hasta las llamadas psíquicas, como la inteligencia, predisposición para el arte, el estudio o los negocios. Y buena prueba de esa desigualdad original es que salvo el supuesto excepcional de los gemelos univitelinos, nunca ha habido dos personas iguales, ni siquiera dos seres que tuviesen la misma figura o la misma voz.

Esta búsqueda de la desigualdad, viene múltiples manifestaciones: en la afirmación de la propia personalidad, en la forma de vestir, en el ansia de ganar—es ciertamente revelador en este sentido la referencia que hace Moore-Marín al afañ del hombre por vencer en una Olimpiada, por batir marcas, récords...—, en la lucha por el poder, en la disputa por la obtención de premios, honores, condecoraciones, títulos nobiliarios desprovistos de cualquier contrapartida económica... Todo ello constituye demostración matemática de que el hombre no se conforma con su realidad, de que aspira a más, de que busca un mayor bienestar y además un mejor bien ser, de que, en definitiva, lucha por desigualarse.

## punto de vista

Por eso, todos los modelos, desde el comunismo radical hasta el socialismo atenuado, que predican la igualdad de riquezas—porque como con tanta razón apunta Moore Marín, la de inteligencia, carácter o la física no se pueden "decretar"—y establecen para ello normas como las más arbitrarias, cuya filosofía última, aunque se les quiera dar otro revestimiento, es la de la imposición de la igualdad, son radicalmente contrarios a la esencia misma del hombre, a su ser peculiar, a su afañ de superación y progreso y por ello, aunque se llamen "socialistas" "modelos progresistas", constituyen un claro atentado al progreso, porque exortan a y suprimen el natural ínsito del hombre a desigualarse, que es el que ha enriquecido al mundo y elevado el nivel de vida de los pueblos, que la imposición de esa igualdad relegaría a roles mínimos al privar a los más hábiles, a los más capaces, a los más emprendedores... de esa iniciativa más provechosa para todos que la igualdad en la miseria, que es la única igualdad que hasta la fecha de hoy han logrado imponer.

□ Mariano Rajoy

Presidente de la Diputación.

Hace algunos meses "FARO DE VIGO" tuvo la gentileza de acceder a la publicación de un artículo en el que comentábamos un libro a nuestro juicio apasionante. "La desigualdad humana" de Luis Mour-Mariño. Hoy pretendemos descubrir otro libro no menos magistral que analiza con profusión de detalles y argumentos aquella afirmación y el correspondiente problema de la igualdad-desigualdad humana. Pero que añade a este estudio el de otro tema no menos importante e íntimamente unido al primero, cual es el de la envidia, uno de los más graves y perniciosos de los pecados capitales. El libro lleva por título "La envidia igualitaria". Su autor Gonzalo Fernández de la Mora. De entre sus pocas más de doscientas páginas, cuya lectura recomendamos a todos aquellos que quieran ampliar sus conocimientos sobre el hombre, destacaremos tres aspectos concretos y por encima de todo un mensaje general.

La primera parte de "La envidia igualitaria" tiene como objetivo básico, ampliamente logrado por cierto, el recoger los escritos históricos sobre la envidia. En ella se sintetizan los diversos estudios y opiniones que a lo largo de los tiempos ha provocado el pecado de la envidia. Desde los griegos hasta los contemporáneos pasando por los latinos, Sagrada Escritura, la patristica, los medievales, los renacentistas, barrocos y modernos, todos los grandes pensadores han denunciado la malignidad de ese sentimiento.

En el segundo apartado del libro, Gonzalo Fernández de la Mora analiza de manera exhaustiva y profunda el problema de la envidia —a la que define como "malestar que se siente ante una felicidad ajena, desgracia, inalcanzable e inasimilable"—, de su utilización política ("agudezas como "la eliminación de las desigualdades excesivas", "supresión de privilegios", "redistribución", "que paguen los que tienen más..."; son utilizadas frecuentemente por los demagogos para así conseguir sus objetivos políticos), las defensas ante la misma (la burla, la simulación y la cortésia son medios de que tiene que valerse el "envidiado" para evitar el provocar el sentimiento), y la manera de superarla que es la auto-perfección y la emulación.

Por último, el autor dedica unas brillantes páginas a demostrar el error en que incurren quienes a veces conscientemente y utilizando el sentimiento de la envidia y otras sin valorar el alcance de sus asevera-

ciones, sostienen la opinión de que todos los hombres son iguales y en consecuencia tratan de suprimir las desigualdades: el hombre es desigual biológicamente, nada duda hoy que se heredan los caracteres físicos como la estatura, color de la piel... y también el cociente intelectual. La igualdad biológica no es pues posible. Pero tampoco lo es la igualdad social: ¿sería posible equiparar la autonomía de todos los miembros de un mismo grupo, por ejemplo, de todos los pintores o los cirujanos?, o la de la actividad (es difícil imaginar un ejército en el que todos fueran generales, o una universidad en la que todos fueran rectores), o la del premio, o la de oportunidades (las circunstancias, temporales, geográficas y familiares colocan inevitablemente a los individuos en situaciones más o menos favorables, nadie tiene la misma oportunidad mental, ni histórica, ni nacional; no es igual nacer en EE. UU. que en U. R. S. S.); ni siquiera la económica: "allí donde se ha implantado una

## «La envidia igualitaria»

### Punto de vista

cierta igualdad pecuniaria —mediante la nacionalización de los medios de producción, la abolición de la herencia, la supresión de las rentas del capital y la equiparación de casi todos los salarios— se han radicalizado las inevitables desigualdades de poder, creadoras de desigualdades económicas quizá no monetarias, pero espectaculares. Aunque la cuenta corriente de Stalin no fuera superior a la del más modesto mujic, nadie podría afirmar la igualdad económica de ambos. Para imponer tal igualdad habría que eliminar el poder político, lo que es imposible".

Pero si importantes son todas y cada una de estas ideas, individualmente consideradas, a todas ellas trasciende el mensaje, o la pretensión final del autor sobre la que entiendo todos los ciudadanos y particularmente los que asumen mayores responsabilidades en la sociedad, debemos reflexionar. Demostrada de forma indiscutible que la naturaleza, que es jerárquica, engendra a todos los hombres desiguales, no tratamos de explotar la envidia y el resentimiento para asentar sobre tan negativas pulsiones la dictadura igualitaria. La experiencia ha demostrado de

modo irrefragable que la gestión estatal es menos eficaz que la privada. ¿Que sentido tienen pues las nacionalizaciones? Principalmente el de despostrar a RUMASA... o sea, el de satisfacer la envidia igualitaria. También es un hecho que la inversión particular es mucho más rentable no subsidiaria. Entonces ¿porque se insiste en incrementar la participación estatal en la economía? En gran medida, para despersonalizar la propiedad, o sea, para satisfacer la envidia igualitaria. Es evidente que la mayor parte del gasto público no crea capital social, sino que se destina al consumo. ¿Por qué, entonces, arrebatar con una fiscalidad creciente a la inversión privada fracciones cada vez mayores de sus ahorros? También para que no haya ricos para satisfacer la envidia igualitaria. Lo justo es cada ciudadano tribute en proporción a sus rentas. Esto supuesta, ¿por qué, mediante la imposición progresiva, se hace pagar a unos hasta un porcentaje diez veces superior al de otros por la misma cantidad de ingresos? Para penalizar la superior capacidad, o sea, para satisfacer la envidia igualitaria. Lo equitativo es que las rentas racionales sean proporcionales a los rendimientos. En tal caso ¿por qué se insiste en aproximar los salarios? Para que nadie gane más que otro y, de este modo, satisfacer la envidia igualitaria. El supuesto incentivo para estimular la productividad son las primas de producción. ¿Por qué, entonces, se exige que los incrementos salariales sean lineales? Para castigar al más laborioso y preparado, con lo que se satisface la envidia igualitaria. Y así sucesivamente. Juan Ramón Jiménez lo denunció en su verso famoso "Lo quería malabar porque era distinto"; y el poeta romántico Young dijo en la diada cuando afirmó "todos nacemos originales y casi todos morimos copias". Al revés de lo que propugnaban Rousseau y Marx la gran tarea del humanismo moderno es lograr que la persona sea libre por ella misma y que el Estado no la obligue a ser un plagio. Y no es bueno cultivar el odio sino el respeto al mejor, no el rebajamiento de los superiores, sino la autorrealización propia. La igualdad implica siempre despojo y la desigualdad es el fruto de la libertad. La aprobación por nuestras Cortes Generales de algunas leyes como la última de la Función Pública constituye un claro ejemplo de igualdad impuesta pues pretende equiparar a quien por capacidad, trabajo y méritos son claramente desiguales y sólo va a servir para satisfacer ese gran mal que constituye la envidia igualitaria. Frente a ella sólo es posible la emulación jerárquica: hagamos caso de la sentencia de Saint-Exupery "Si delantero ti, en lugar de lesionarte te aumento".